

habrían podido reducirse a unas 25 ó 30 páginas. Tantas repeticiones y citas textuales hacen sumamente tediosa la lectura del texto, que hasta el capítulo cuarto era fluido y claro. Ya en los últimos capítulos no se nota el mismo nivel de elaboración de los anteriores, y el autor se limita a realizar unos cuantos análisis deductivos a partir de una copiosísima cantidad de citas textuales.

El capítulo sexto (El poder moral se opone a la enseñanza de Bentham) parte de considerar el excepcional caso de J. Bentham, enemigo irreductible de la Iglesia. A Bentham se le erige como el protagonista de la lucha que emprende el *poder moral* contra el *poder político*, porque "rechazar a Bentham era bloquear al discurso mediante el cual Santander soñaba disciplinar a la nueva nación" (pág. 278). En este capítulo se desentrañan las funciones de los llamados "certámenes", que fueron "instrumentos de legitimación y distribución del pensamiento oficial del Estado entre la población, en especial entre los vecinos y padres de familia" (pág. 280). Esos certámenes fueron tribuna política, espectáculo civil y vitrina de las ciencias.

El autor destaca cómo se persiguen las doctrinas de Bentham, porque éstas supuestamente corrompen a la juventud, generan la irreligiosidad, la criminalidad y el concubinato. El ataque de la religión pretendía seguir controlando lo privado y lo público. El autor se detiene a examinar las desventuras de Bentham en la Gran Colombia. Describe cada uno de los aspectos centrales que implicaron el fin de la influencia de Bentham y la consolidación de lo que denomina la *restauración*, recuperación del poder de la Iglesia, del poder moral y de la intolerancia religiosa. Aunque este capítulo también es repetitivo, lo es menos que el anterior.

Finalmente en el capítulo séptimo (El ocaso de la enseñanza de Bentham y el plan Santander) se indica cómo después de 1835 se restableció el plan de 1826 y revivió efímeramente la influencia de Bentham. Ese influjo fue breve por: el desplazamiento de la instrucción de lo público a lo privado, lo cual significó que el

Estado dejara de monopolizar la educación como empresa y que cesara el monopolio estatal sobre maestros, escuelas y catedráticos; la dispersión de la legislación escolar; y la no aprobación del Código de 1834.

Nuevamente la mayor parte de este capítulo (págs. 368-426) se detiene con excesiva minuciosidad a recoger los debates suscitados entre los partidos "liberal" y "conservador". Entre otras cosas, el autor, sin ninguna aclaración explícita, se suscribe a las conocidas —y bien discutibles— tesis de F. Safford sobre el origen de los partidos en la década de 1830. De ese recuento concluye que la oposición regional al plan Santander y a Bentham fue generalizada, con la sola excepción de la región de Santander. Ya para terminar el libro, el autor, tal vez inconscientemente, comprendió que el trabajo se le había ido de las manos, alargándose excesivamente, cuando dice: "desde el capítulo anterior se viene finalizando" (pág. 424). Parece ser que la inercia, el cansancio o el afán llevaron al autor a continuar una obra que habría podido evitar ("economía del papel") cerca de 150 hojas al lector.

Desde el punto de vista formal, en general el trabajo está bien escrito, pese a que el texto está salpicado continuamente (16 veces para ser exactos) de la muletilla "al interior de" y en algunos momentos exista poca claridad, como cuando se habla de la "circularidad terminada" y "alto grado de fermentación y ebriedad" (¡parecen términos étlicos!) (pág. 178) o de "remate de espacios cerrados".



Para hacer menos fatigante la lectura de las citas textuales se habría podido actualizar la ortografía, pues, salvo unas pretensiones de erudición desmesuradas, no había por qué transcribir los documentos con la ortografía de la época.

RENÁN VEGA C.

¿Deslumbramiento?

Bogotá 450 años. De los orígenes al deslumbramiento

Jairo Mercado Romero (comp.)

Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, 1988

Descubiertos por los españoles en la misma época, los territorios que hoy ocupan México D. F. y Santafé de Bogotá, más o menos a la misma altura sobre el nivel del mar, son sin duda ciudades que conservan en su arquitectura, en su raza, en su idiosincrasia, rasgos claros de lo que fue su cultura precolombina. Comparables también a otras capitales de la América Hispánica, son sin duda importantes hoy en el ámbito editorial, comparten los mismos mercados y corren con efemérides similares que se suceden más o menos por las mismas cuentas. Hoy ha sido descubierta en Bogotá el agua tibia.

En 1988, el Consejo de la Crónica de Ciudad de México (que es un organismo oficial, creado por un decreto del presidente de México) publicó un volumen antológico titulado *Páginas sobre la ciudad de México*, que contiene materiales sobre esa capital desde el siglo XV hasta 1987, recogidos por Emmanuel Carballo y José Luis Martínez. Es un libro admirable que comienza por señalar que "la ciudad de México es una superposición histórica de cuatro ciudades: la prehispánica, la colonial, la que se formó en el siglo XIX y hasta 1910 y la que se ha construido y se construye en nuestro siglo" y que continúa, en orden

cronológico, reproduciendo materiales que van mostrando —mediante cortes transversales— cómo ha sido esta ciudad a través del tiempo.

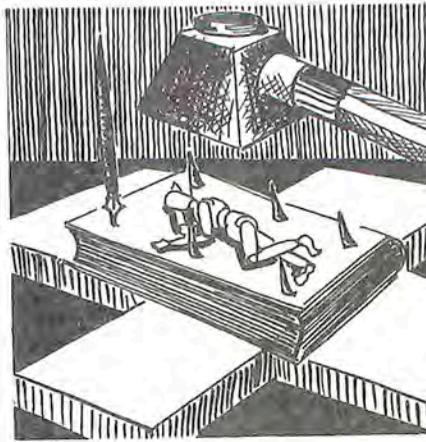
Al hojear *Bogotá 450 años. De los orígenes al deslumbramiento*, el reseñista hubiera deseado que Jairo Mercado Romero, su compilador, tuviera conocimiento del libro sobre ciudad de México. Así, tal vez se habría armado de criterios más precisos, hubiera citado las fuentes y seguido un orden más claro para el lector. Sin esta desventaja de comparar antes de ver el libro mexicano, el bogotano parecería mejor de lo que es; pero cotejándolos, no solamente aparece la evidencia de un mejor trabajo de investigación sino que —patéticamente— se desnuda la provincia perdida que fue Santafé al frente de la próspera capital de los aztecas que hoy, cuatro siglos después, se convirtió en la ciudad más grande del mundo.

Acaso la única ventaja del libro bogotano consiste en que el de ciudad de México no cuenta con fotografías; es ilustrado. Sería mayor la ventaja si cada fotografía tuviera crédito de su autor, si fueran más exactas sobre lo que muestran y estuvieran mejor impresas. Pero, aun así, cubren una gama completa de la historia bogotana y no suprimen la visión de la Bogotá periférica, la Bogotá actual con todos sus invasores, sus detractores y su promiscuidad.

Bogotá 450 años está dividido en cuatro partes que corresponden a las cuatro Bogotás que predica José Luis Martínez para México: la prehispánica, la colonial, la del siglo XIX y la del siglo XX.

En todos los casos se entremezclan los testimonios de personajes de cada época con las remembranzas históricas de autores posteriores.

A falta de testigos precolombinos (en México sí sobreviven estos textos), Mercado apela a relatos de cronistas e historiadores y a textos de poetas. Para la colonia, incluye a Juan de Castellanos, a Juan Rodríguez Freyle y a Francisco Silvestre —cronistas de la época— al lado de voces del siglo XX. Para el período republicano, el mayor énfasis está en los escritos de los viajeros: Hamilton, Le Moyne, Hettner, Cané y D'Es-



pagnat; no faltan —no podían faltar— los nombres de Pedro María Ibáñez y José María Cordovez Moure y faltan —no debían haber faltado— algunos de los autores de cuadros de costumbres, todo un género del siglo pasado que aquí es notorio por su ausencia. Ni Vergara y Vergara ni Ricardo Silva, para no mencionar sino dos, figuran en las páginas de este libro conmemorativo.

Igual cosa sucede con el siglo XX: no aparecen cronistas capitales de la capital: Daniel Samper Pizano, Felipe González Toledo, Luis María Mora, Emilia Pardo Umaña son algunos de los nombres que el lector buscará infructuosamente. Figuran, sí, algunos otros cronistas como Osorio Lizarazo, Andrés Samper, Tomás Rueda Vargas y Luis Tejada. Libro conmemorativo, *Bogotá 450 años* es también una especie de florilegio poético en honor de la ciudad. En este sentido, vale la pena abonar al profesor Mercado la idea de entremezclar en su volumen una antología poética en homenaje de la capital que comienza con el poema de Neruda en honor de Jiménez de Quesada y con la *Secuencia para los brujos del oro* de Fernando Arbeláez.

Entre los poetas extranjeros figuran, además de Neruda, Francisco Villaespesa, José Santos Chocano, Philippe Souppault y —en algún pie de foto— fragmentos de Luis Cardoza y Aragón.

La lista de poetas colombianos que han escrito sobre Bogotá es bastante larga. El problema es que entre tantos hay una irregular calidad. Al

lado de textos de Rogelio Echavarría, María Mercedes Carranza o Fernando Charry Lara, están incluidos poemas mediocres de Luis Fernando Afanador, Harold Alvarado, Gonzalo Buenahora, Julio Flórez o Henry Luque.

El lector entonces admira la capacidad de acumulación —cinco en trabajo de campo— y lamenta la mezcolanza —dos coma cinco en criterio de selección—.

JAIME LÓPEZ

El otro Carnero: crónicas de la edad del Plomo

El carnero de Medellín

José Antonio Benítez

Edición, transcripción, prólogo y notas de Roberto Luis Jaramillo. Ediciones Autores Antioqueños, Medellín, 1988, 440 págs., más CIII de prólogo

La tarea a la que se dedicó durante años Roberto Luis Jaramillo es a todas luces titánica, aunque una vez finalizada la lectura del texto recuperado queda la sensación de haber emprendido un viaje para el cual no eran necesarias tantas alforjas. Eso por lo menos en lo que respecta al lector no adicto a la historia de Medellín, ya que ni siquiera es Antioquia en su totalidad el ámbito que abarca la crónica de José Antonio Benítez, también conocido como El Cojo.

Confesamos que, atraídos por un título que de inmediato hace evocar el texto homónimo de Juan Rodríguez Freyle, esperábamos regocijarnos con toda clase de remembranzas y noticias sobre los primeros tiempos de Medellín, como lo sugiere la obra —*El Carnero, y miscelánea de varias noticias, antiguas, y modernas, de esta Villa de Medellín*. tal es su denominación completa—, pero a la